

Vahdah Jeanne Bordeaux

La decadencia de la España moderna. Blasco Ibáñez, el republicano Don Quijote,  
prosigue su campaña contra la Dictadura en España  
(*The Sphere*, 27-8-1927, p. 329)

Hace muchos años, mucho antes de la Guerra, el joven Vicente Blasco Ibáñez se vio obligado a huir de España por ciertas declaraciones contra el gobierno y la monarquía. Cuando se declaró la amnistía, el joven idealista regresó a la tierra natal y trabajó en las novelas que hicieron famoso su nombre en todo el mundo. Luego vino la Guerra, y más tarde la Dictadura Militar del general Primo de Rivera; y una vez más Ibáñez se encontró incapaz de vivir en un país donde toda libertad de expresión y acción estaba prohibida. Se exilió en Francia y desde entonces nunca ha cesado su implacable campaña contra la dictadura. Madame Bordeaux fue recibida recientemente por el señor Ibáñez en su villa de la Riviera. En el siguiente artículo, resultado de la visita, él explica sus razones y sus métodos.

España, la tierra de las mujeres hermosas y el amor, la tierra de la seducción y la procrastinación, según Blasco Ibáñez, el famoso novelista español, se ha vuelto decadente. No porque las mujeres sean menos hermosas, o porque haya muerto el romance, sino porque durante los últimos cuatro años el país ha estado bajo la ley militar y, aunque todavía es oficialmente una monarquía, ha sido gobernado por un dictador.

España es hoy exactamente tal como era hace más de tres años, no hay cambio exterior de ningún tipo ni ha mejorado en su funcionamiento interno, e Ibáñez cree que cuando un país no progresa se deteriora.

Vicente Blasco Ibáñez nació en Valencia y, estando todavía en la universidad, comenzó a escribir, mostrándose como una gran promesa. Y fue también durante su época universitaria cuando se convirtió en un ardiente republicano. A medida que su fama aumentó, también lo hizo su ardor, hasta convertirse en un personaje a tener en cuenta. Sus escritos le reportaron honor a su país, y si bien a menudo se le consideraba peligroso para la paz de los realistas, fue tolerado por ellos hasta hace algunos años cuando, al regresar de un viaje alrededor del mundo, que realizó en condiciones muy favorables y con pasaporte diplomático, encontró que su país se le declaraba hostil.

Ibáñez es un gran estudioso y un duro trabajador, y no tiene paciencia con los que se sientan en el trono solo porque sus padres y abuelos lo hicieron antes que ellos. Es republicano (quiere que todo el mundo lo sepa), y nunca ha creído que un país puede progresar a menos que sea una república. Con mucho gusto acabaría con todos los monarcas del mundo, no porque tenga personalmente nada contra ellos, sino solo porque son reyes y reinas.

Antes de la guerra, España era un país encantador para ser visitado y para vivir en él, pero, quizás debido al efecto natural de una neutralidad prolongada, cuando terminó la guerra se produjeron cambios inevitables en España, como en otros países.

Blasco Ibáñez, convencido republicano como es, vio su oportunidad y, si bien no es un político (nunca ha apostado por el socialismo, el comunismo ni ningún otro ismo), es un

escritor poderoso cuyas palabras fueron leídas y aprobadas por miles de españoles de todo el mundo. Quería que España fuera una república, con iguales derechos gubernamentales para todos.

Cuando el rey Alfonso XIII entregó las riendas del gobierno a un regente, Ibáñez inició su campaña más activa contra la monarquía. Su esfuerzo tuvo una influencia demasiado grande para ser tomada a la ligera, y fue un factor importante en la decisión del rey. Para salvar su trono, por así decirlo, Alfonso se convirtió en esclavo de un dictador y, como dice Blasco Ibáñez, en consecuencia, es un hombre muy infeliz que, ahora impotente para recuperar las riendas del gobierno que abandonó voluntariamente, debe sentarse todavía en un trono.

Ibáñez siempre ha sido un gran viajero y, sin embargo, nunca en ningún momento se ha olvidado de que es español. En Sudamérica, donde estuvo hace años con Anatole France, organizó muchas escuelas y colegios en los países de habla hispana porque para él la educación es lo único que significa progreso.

Al regresar de su viaje por el mundo, se instaló en Menton, donde ya era dueño de una hermosa villa, y desde allí advirtió al nuevo gobierno que pondría fin al régimen ya que en veinte días pretendía lanzar un libro contra el rey. Mientras aún estaba de viaje se le había exiliado de su país, y cuando llegó a Europa no se le permitió entrar en España, ni ninguna editorial pudo imprimir sus libros. Por tanto, se vio en la necesidad de contratar tres imprentas y gestionarlas clandestinamente. Durante las labores de impresión de su libro, compró dos aviones y varios automóviles para llevar las pruebas de aquí allá. Imprimió panfletos para distribuirlos por todo el país y vio que los arrojaban desde los aviones porque, mientras las fronteras le estaban cerradas, la vía aérea seguía abierta. Los automóviles que transportaban varios artículos impresos a España iban camuflados para poder viajar con seguridad, y no pocas personalidades le ayudaron en secreto

Se publicó su libro: *Alfonso XIII, desenmascarado*. Fue traducido a prácticamente todos los idiomas y a él se le exilió oficialmente.

—Las condiciones actuales de España son exactamente las mismas de los últimos tres años. No hay rey, ni senado, nada más que un gobierno militar ineficiente, con un ejército permanente cuatro veces superior al tamaño necesario para el país. El rey es prácticamente un prisionero, y aunque fue el autor de un movimiento que sin duda creía que iba a mejorar su posición, simplemente demostró ser un rival de De Rivera. La posición del rey es algo así como la de un asistente del dictador.

Con excepción de unos pocos profesores, procedentes de las escuelas primarias y elegidos para satisfacer a la pequeña burguesía, todos los puestos ministeriales están ocupados por generales. En España hay muchos hombres grandes y capaces, pero desde que De Rivera llegó al poder nunca han podido ni siquiera afianzarse.

Existen todavía los tribunales de justicia, pero nunca se juzga nada. Si una mujer recibe una factura por algo que no ha comprado, o una factura por el doble de la cantidad que debe, se ve obligada a pagarla, pues no hay posibilidad de reparación para

los ciudadanos particulares, ni ningún abogado lo suficientemente importante como para ser escuchado. Los tribunales son militares y todos los casos se juzgan por ley marcial. No hay prensa, porque la censura está en mano de generales. Por tanto, solo las cosas que interesan al gobierno militar se publican: antes de que cualquier revista o periódico se publique, todos los artículos, e incluso las noticias del mundo exterior, se revisan y se corrigen. No hay libertad de acción y menos de pensamiento.

Hace un par de años, en Menton, el corresponsal de *La Esfera*, una de las mejores revistas publicadas en España, envió al editor fotografías del jardín de Ibáñez. La Villa Fontana Rosa se destaca como un verdadero paraíso, ya que hay más de mil rosales, casi la misma cantidad de naranjos y limoneros, innumerables almendros y todas las otras plantas que crecen en el sur. Varias hectáreas de tierra cultivada se dedican a flores y árboles frutales, porque a Ibáñez le encantan los árboles, el efecto de las sombras en el césped y los macizos de flores. Las fotografías de este jardín, uno de los lugares más admirables de la Riviera, fueron censuradas porque su publicación hubiese atraído la atención sobre el escritor. En casi cuatro años, todo lo que se ha publicado sobre el autor más capaz de España ha sido corregido religiosamente. Él representa la esperanza de una república, por lo tanto, debe ser ignorado por el público de su propio país. Incluso al proyectarse en España la magnífica película *Mare Nostrum*, fue presentada como «el gran film estadounidense de Rex Ingram», omitiéndose el nombre del novelista.

Tal mezquindad divierte a Ibáñez, porque simplemente está esperando el momento oportuno, trabajando cuando le apetece —ha escrito tres libros en el último año, pero una vez estuvo ocho años sin escribir una línea. En total, tiene treinta y dos novelas publicadas, y el libro más importante, según él, saldrá el próximo año, aunque actualmente solo está en forma embrionaria—; y, sobre todo, disfruta de su tranquila vida en el pintoresco pueblo de Menton.

La actual situación española podría haber durado tres meses sin dañar al país, pero no tres años, ni cuatro, o quizá mucho más. Sin embargo, según Ibáñez, no durará eternamente.

—Supongamos —dice el brillante Ibáñez— que lord Kitchener, por citar a un personaje muy conocido, se hubiera levantado un día en la Cámara de los Lores y anunciara que esta y la Cámara de los Comunes iban a cerrarse, que el rey todavía podría ocupar el palacio de Buckingham, como una tradición, pero que tanto él como todos los demás ciudadanos debían ser ignorados en todas y cada una de las cuestiones gubernamentales, mientras que el propio lord Kitchener y un cierto número de generales designados por él asumirían el control del gobierno, formando un régimen completamente nuevo. ¿Se someterían los ingleses como nación a eso? ¡No! ¿Prosperaría

el país en tales condiciones? No. Los realistas estarían descontentos y los republicanos nunca dejarían de rebelarse contra ese yugo.

Es sabido que la pluma es más poderosa que la espada, y Blasco Ibáñez empuña una poderosa pluma. Él confía que llegará un día en España, en que los súbditos oprimidos se darán cuenta de las terribles condiciones que existen en su país y verán claramente que mientras otras naciones siguen adelante con el progreso de los tiempos, la suya sigue un camino inverso. El momento aún no ha llegado, por lo tanto, nadie puede hacer huelga, porque nadie es todavía lo suficientemente poderoso como para destruir el régimen actual. Pero cuando llegue el momento, Blasco Ibáñez utilizará su fortuna, hasta el último centavo si es necesario, aunque solo sea una mera gota inútil. Las fuerzas españolas más allá de las fronteras no disminuyen; por el contrario, la aparente inactividad no implica pérdida de interés o actividad.

Pese a vivir en una hermosa villa, rodeado de sus flores y árboles frutales, nadie deberá pensar que Blasco Ibáñez está ocioso en Francia, ni que se olvida de su amada patria. Escribe, escribe todo el tiempo y planifica. Muchos de sus proyectos son secretos, pero se puede estar seguro de que todos son para la mejora de España cuando, llegada la República, el pueblo tenga algo que decir sobre su propio gobierno.

El ejército permanente debe reducirse a una cuarta parte de su tamaño actual. Hay que destinar dinero para que se puedan abrir nuevas y mejores escuelas en cada lugar del país. Se deben construir y equipar nuevos ferrocarriles para que los viajes sean más fáciles y cómodos. Deben construirse nuevas carreteras. Debe haber nuevos hoteles y modernizarse los antiguos. La industria necesita ser reorganizada, e incluso la ciudad más pequeña debe volverse agradable y atractiva para el turista. Aunque el suelo es fértil, necesita ser cultivado, del mismo modo que los españoles necesitan mejorar su nivel cultural. España debe tener un gobierno adecuado, escuelas y universidades que puedan equipararse a las mejores de Europa en todas las ramas de la educación superior.

A excepción de los idiomas, ¿por qué los españoles deben ser obligados a salir de casa cuando son intelectualmente ambiciosos? ¿Por qué debería un país retroceder en las instituciones educativas? La educación es lo más importante para la gente moderna en la era moderna. Una buena educación enriquecida por los viajes permite a un hombre estar preparado para desarrollar un trabajo valioso en el mundo, lo coloca en igualdad de condiciones con los mejores de cualquier país. Las condiciones actuales en España obligan a un hombre a retroceder en el tiempo cien o más años.

En resumen, Blasco Ibáñez no tiene nada contra el rey Alfonso personalmente, no le importa si los herederos del trono están enfermos o gozan de buena salud, porque el mismo trono debe ser eliminado. Es republicano, y cuando llegue el momento

oportuno, oportuno en todos los sentidos, será uno con los líderes, tal vez el jefe de todos, que marchen sobre Madrid.

«Una vida sin un ideal no vale la pena ser vivida», es su lema. Ver convertido su país en una república próspera, con facilidades para la educación superior y una vida digna, es su sueño y la promoción de ese sueño ha sido, y es, la obra de su vida.